

Líbrame de mis enemigos, oh Jehová; En ti me refugio. (Sal 143:9)

No es posible dejar de notar la cantidad de veces que la palabra enemigos, o enemigo, se encuentra en el libro de los Salmos; algo más de cien veces; para algunos ha sido motivo de tropiezo, por cuanto la asocian con la violencia; para otros simplemente es el ingrediente narrativo de las vivencias individuales o colectivas de los israelitas de aquellos tiempos, pero muy pocos ven que el motivo de Dios es movernos a la meditación (Sal 119:48) para que encontremos lo que allí está escondido y aplicarlo a nuestra vida práctica, cotidiana y espiritual, por cuanto sin la menor duda, el libro de los Salmos es el libro llamado por excelencia: "la Escritura" (Jn 10:35, citando Sal 82:6-7). Por definición la palabra enemigo es de connotación negativa, porque es aplicada a la persona que nos es contraria, y que nos tiene como blanco de ataques, con razones o sin ellas; realidad que se da no sólo entre individuos, sino entre colectividades. Ahora bien, al leer los salmos lo más simple es pensar que los escritores se están refiriendo sólo a enemigos de carne y hueso, si esto fuera así, pues, en muy poco podemos identificarnos con ellos; pero cuando somos conscientes de que este mundo es el escenario de la lucha de dos reinos antagónicos, llamados con simpleza el bien y el mal, o hablando con más conocimiento de causa, el reino de Dios y el reino de las tinieblas estaremos comenzando a entender por qué se replica tanto la palabra enemigos en este profundo libro; establecido esto así, tendremos que tener una clara definición de nuestra posición al respecto, es decir, somos de Dios, o somos del diablo, no hay puntos medios; si de corazón nos consideramos pertenecientes al reino de Dios, entonces hemos de aplicar el discernimiento para saber identificar a nuestros enemigos en sus diferentes manifestaciones (2 Cor 2:11); en principio hemos de entender que ellos no están ocupados sólo en hacernos la vida pesada, sino en que radicalmente quieren nuestra muerte, esto es visto desde el huerto del Edén; el diablo no vino a Adán ofreciendo amistad, sino que en su calidad de enemigo de Dios, atacó la propiedad de Dios para matarla mediante el engaño, a partir de entonces la muerte se volvió herencia para la humanidad; el problema en el modo de pensar común es que se cree que la vida es sólo la del cuerpo humano, pero la luz de la conciencia divina nos dice que la vida es más que la dinámica del cuerpo; que hay vida emocional y vida espiritual; el raciocinio entra en confusión al no poder entender la aleación de las tres entidades y concluye que con el cuerpo se extingue todo; pero la realidad es que hay muchos muertos caminando, por esto es que Jesús dijo: *Deja que los muertos entierren a sus muertos* (Lc 9:60). Ahora bien, establezcamos este principio, enemigo es todo lo que atenta contra la vida en cualquiera de sus tres aspectos, el espíritu, el alma, o el cuerpo, y su naturaleza es de carácter espiritual; por eso es que Pablo nos enseña que no tenemos lucha contra sangre y carne (Ef 6:12); esto nos debe llevar a entender que lo que el enemigo pretende es mantener a los muertos, muertos, y a los vivos matarlos; hablo en términos espirituales; su estrategia es que los muertos no oigan el evangelio de la salvación y resurrección; y a los vivos volver a engañarlos (2 Cor 11:3; 1 P 5:7-9); por esto Jesús y los apóstoles hacen tanto énfasis en cuidarnos del engaño (Mt 24:4; Ef 5:6; Col 2:4,8; 2 Tes 2:3; 1 Jn 3:7); ahora bien, la lucha se torna complicada porque las huestes espirituales se valen de todo lo que concierne a los menesteres de la vida cotidiana, esto es, todo lo que mueve a este mundo, comenzando por la economía, y todo aquello valorado por la mente humana; así las cosas, los hijos del reino de Dios hemos de movernos en medio de todo ello; por esto hemos de entender lo que Jesús quiso decir en estas palabras: *No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo* (Jn 17:14-16); o Pablo al decir: *Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne* (2 Cor 10:3-5). Bien, si quisiéramos sintetizar a nuestros enemigos en un mínimo de palabras podríamos hacerlo reduciéndolos a tres: el mundo, la carne, y el diablo; se dice fácil, pero su dinámica y sustancia son tan mal entendidos que a causa de esto se confunden al extremo de no tener sabiduría para enfrentarlos; la mayoría de las veces de todo se culpa a la intervención directa del diablo, y cuando menos lo pensamos somos victimados por los otros dos; olvidamos que uno de ellos no se nos despegas, esto es, la carne, el YO, el cual aún de manera camuflada o sutil siempre está diciendo: *Primero yo, luego yo, en seguida yo, siempre yo*; éste y el mundo son como hierro e imán; el mundo se ha colado hasta las congregaciones cristianas y hace que la carne le de la bienvenida para actuar de acuerdo a él, y luego se crían nuevos títulos para justificarlos como del Espíritu; al final el padre de mentira aparece sólo para poner un lazo por donde sabe que tienen que pasar (1 Tim 3:7; 6:9). Concluyendo, el versículo del encabezado podríamos leerlo ahora así: *Líbrame del mundo, la carne, y el diablo, oh Jehová; en ti me refugio*. Entendiendo que refugiarse en Dios quiere decir tomar como escudo su palabra, creyéndola, (Sal 119:114) porque él es fiel a ella, sólo así podremos decirle como el salmista: Señor, eres mi escudo, y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio (Sal 18:2-3).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava